

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

¡Dios no vendrá nunca!...

—Ande usted, madre, vistase pronto
y venga aquí.

—Déjame en paz...

—¡Es tan bonita esta procesión!

—Te digo que me dejes en paz,
«condenao»; para ver pantomimas es-
toy yo... y lo mejor será que te quites
de ahí.

El muchacho, ante la terrible ame-
naza de no dejarle estar en la ventana,
ha enmudecido concentrando toda su
atención en el solemne Viático de
aquel domingo de «Quasimodo».

Nunca pasaba nada por aquella es-
trecha y miserable calle, pero aquella
mañana ¡oh, cómo se llenaba toda en-
tera con aquellas filas de cirios cuyas
llamas palidecían anegadas en luz del
cielo! ¡cómo se perfumaba la calleja
con el blanco humo de los incensa-
rios! ¡cómo resonaba con aquella mú-
sica tan grata! ¡cómo se consagraba
con la presencia de Jesucristo que iba
a consolar a los enfermos y a los tris-
tes, que salía de los Sagrarios para
derramar misericordias!

En algunos balcones y ventanas lu-
cian pobres tapices, en muchas se
asomaba la gente, en la suya perma-
necía el niño, con los ojos atónitos,
llenos de visiones placenteras, y los
oídos de cánticos no acostumbrados,
dulces como una caricia del Ángel de
la Guarda.

Todo aquello es nuevo para él, muy
nuevo. Sabe que allí, debajo de bri-
llante palio va Dios, porque se lo ha
dicho la víspera otro niño de la ciu-
dad. Eso es todo. Y sus siete años
contemplan admirados aquel desfile
majestuoso, aquella serena pompa que
él no ha visto nunca a pesar de vivir
en tierra de cristianos.

¿Sus padres?

El padre gana un mezquino jornal,
y de nada más se cuida. De tarde en
tarde aparece por la casa haciendo
temblar a todos con su voz ronca, fu-
riosa, voz de borrachera, que estalla
en palabrotas y blasfemias...

La madre... ¡Infeliz mujer! Conde-
nada a sufrir, presenta en sus treinta
años todos los estigmas de la miseria

y del dolor. Cada día que pasa, queda
señalada con un nuevo latigazo del
sufrimiento. Ya es su marido que la
maltrata en los furores del vino y del
insulto; ya la falta de pañ muchos días;
ya su enfermedad, una tisis cruel que
ora se esconde para hincar el diente
en lo más hondo de su pecho, ora se
manifiesta con todos los horrores de
la demacración, de la fatiga y de la
angustia, sujetando a su víctima en la
cama y privándola de sus esfuerzos
para el trabajo.

Pero además es ella, ella misma la
enferma, la que agrava todos los ma-
les con su vida abandonada, con sus
desesperaciones, con su genio tanto
más áspero y brutal que el de su ma-
rido, con su existencia sin fe, sin una
chispa de amor, sin un asomo de con-
soladora esperanza.

Aquel niño de siete años que podía
haber servido para orientar su vida
con los cuidados de madre, para ale-
grar un poco aquel nido sombrío y sin
cariños, ha ido creciendo marcado con
el raquitismo por tal ley de herencia,
ha ido creciendo no más que para ser
el blanco de todas las iras, de todos
los enconos de sus padres, quienes al
desterrar la esperanza de su hogar han
arrojado a su hijo pequeño paria, en
medio de la vida, sin una idea alta, sin
una estrella de salvación para los ne-
gros días de borrasca,

—¿Qué hace Dios?... ¿En dónde
está?...

Así oía hablar en su casa continua-
mente el niño y ese Dios odiado era el
que entre luces y flores y paños de
oro, pasaba por aquella solitaria calle-
juela en busca de desgraciados y de
pobres.

Los acordes solemnes y graves de
la música preludiaron el himno nacio-
nal, cesó el sonido de las campanillas
de plata, la procesión se detuvo, y el
Señor penetró en una casa cercana.

—¿A qué habrá entrado?—se pre-
guntaba el muchacho.

Al poco rato las campanillas volvie-
ron a sonar, la música comenzó de
nuevo, aquellas largas filas se pusie-

ron en marcha, comenzando todo
aquello a perderse de vista por el otro
extremo de la calle...

Ya no se ven las sonrientes niñas
vestidas de blanco que alfombran con
hojas de rosa el paso del Santísimo,
ya no se ven los sacerdotes que agitan
los humeantes incensarios; alla lejos
va suavemente el palio cubierto de
flores, guardando el Pan de vida eter-
na... Y el pobre niño, el hijo de los re-
negados, fijaba en él sus ojos desde
allá arriba, desde la alta ventana, in-
clinándose hacia la calle como flor se-
dienta, como alma que experimentara
sed de Dios... Su corazón temblaba
inconscientemente ante la aurora de la
fe, a sus pupilas asomaba una lágrima
en la que parecían reflejarse los des-
tellos de la divinidad y los resplando-
res de aquel sol de Mayo.

De pronto oyó que su madre le lla-
maba.

—¿Estás ya satisfecho?... Vamos
luego, la ropa, que me voy a vestir...
Pero ¿qué es eso?... ¿a qué lloras
ahora?

Y el niño con la cabeza baja, triste-
mente con toda la angustia de aquella
alma infantil que había sufrido tanto,
respondió:

—¡Lloro porque Dios no vendrá
«nunca» a nuestra casa!...

¿Qué llamamiento misterioso puso
el Cielo en las palabras de aquel ángel
tan triste? ¿qué horizontes de luz
se descubrieron al eco de lamento tan
ingenuo?

Lo cierto es que aquella madre des-
dichada, se irguió de repente, ocultó
el rostro entre sus manos, y rompió
en un largo sollozo.

¡Hacia tanto tiempo que no llo-
raba!...

J. LE BRUN

Muchos hombres se parecen a los
cipreses: inclinan la cabeza gimien-
do sobre todos los males. Es preciso
gemir menos y trabajar más; dar
tregua a las lágrimas para aplicar
el brazo a las obras, meditando
sobre estas palabras del Eclesiástico:
«La tristeza para nada es buena».

MERMILLOD.

Un honor que compromete

Era la fiesta de San Nicolás,—nombre del Zar de Rusia, y se iba a representar un drama nuevo en honor de Su Majestad Imperial, que amaba con locura, con verdadera pasión, las representaciones teatrales.

Después del almuerzo, el emperador Nicolás salió con sus ayudantes a dar el acostumbrado paseo a pié por las orillas del Gran Neva, en el rico y populoso barrio del Almirantazgo. Al cruzar por uno de los parques que rodean el coliseo ruso, llamado de Alejandra, vieron acercarse un hombre, como de unos 45 años, Nicolizchi, el actor cómico más afamado de toda la Rusia, y que tenía aquella noche el primer papel en el estreno, dispuesto en obsequio del gran emperador.

Como Su Majestad había mostrado deseo de conocer al célebre actor, uno de los ayudantes le dijo:

—Señor, ese caballero que viene ahí hablando y accionando solo, es la gloria del teatro, el insigne actor Nicolizchi.

El emperador, al estar cerca del incomparable cómico, le dice:

—Me alegro de tener el gusto de conocerlos. Esta noche tendré el de admiraros, celebrando vuestros triunfos.

—Señor,—dijo el actor inclinándose hasta el suelo, enagenado de gozo al ver la honra que le hacía el soberano dignándose hablarle.—mi mayor triunfo será complacer a Su Majestad Imperial.

—Agradezco vuestros nobles sentimientos; preparaos, en compensación, a pedirme alguna gracia.

Y, saludándole, añadió:

—Hasta la noche.

Nicolizchi se inclinó profundamente, y el emperador continuó su ordinario paseo hacia el boulevard de los Tilos, sustituido recientemente por el jardín de Alejandro. Pero he aquí que a los pocos instantes de haberse terminado esta brevísima entrevista, se presentaron dos agentes de la autoridad, y le intiman al afortunado cómico que se dé preso.

¿Por qué?... No sabe usted que está terminantemente prohibido hablar en la calle a Su Majestad, bajo la pena inmediata de ir a la cárcel?

—Pero, señores,—repuso el notable actor, contrariado,—si yo no le he hablado; él fué, que no yo, el que me dirigió la palabra, y ustedes comprenderán que no sería decoroso desairar a Su Majestad.

—De todos modos,—gruñeron los agentes,—la orden está terminante: usted le habló... luego usted está preso.

Y no hubo mas remedio, ante las amenazas de aquellos finísimos policíacos, que dejarse conducir a uno de los calabozos de la comisaría próxima al teatro.

...Pasaban las horas. Y el director de escena, que había citado a los actores para el ensayo a las primeras horas de la tarde, estaba furioso. Faltaba el primer actor, y no se le hallaba por ninguna parte; parecía que la tierra se lo había tragado... Otra noche cualquiera, la falta del sin igual cómico sería fácil remediarla; pero aquella noche memorable, la primera que asistía al regio coliseo toda la familia imperial, el día de San Nicolás, el más grande en todo el imperio moscovita, suceder aquel percance... era cosa desesperante, que sacaba de quicio a todos los demás actores.

Las puertas del gran teatro se abrieron de par en par, y de todas partes de la populosa ciudad afluyeron las gentes, ávidas de presenciar el nuevo drama y de saludar al eminente actor que cubría de gloria con su talento extraordinario el nombre moscovita. Como Nicolizchi no había aún parecido, y el último rayo de esperanza de hallarle en el brevísimo tiempo que restaba se iba desvaneciendo por completo, la angustia de la compañía llegaba a su colmo, cuando se oyeron las primeras notas de la marcha imperial saludando al zar, que había entrado en el regio palco. Porque la etiqueta rusa en el teatro ordenaba, que al terminar la orquesta, se levantase el telón.

Se apagaron los ecos de la música... y el telón no se movía.

...Así pasaron unos minutos de absoluto silencio... Aquello era una falta gravísima contra las consideraciones debidas al emperador. Un ayudante del monarca, que había ido a enterarse de la causa de tal retraso, hizo saber al emperador que faltaba el célebre actor Nicolizchi, y que no parecía por ninguna parte, por más que se le había buscado por todo San Petersburgo.

El jefe de policía fué llamado al palco regio

Le pregunta con tono severo el augusto zar:

¿Dónde está ese actor que falta?

—Señor, no se lo puedo decir a Vuestra Majestad,—contestó, muy turbado, el funcionario público.

—¿Pues para que tenéis un ejército entero a vuestras órdenes, sino para saberlo todo?—repuso el soberano moscovita; añadiendo con gran disgusto:

—Si dentro de diez minutos no averiguais donde está ese señor, y el telón no está levantado, ya os acordareis...

El jefe de policía, que comprendió la amenaza de su señor, se fué derecho al gabinete telefónico, que se hallaba instalado en el mismo teatro, y en brevísimos instantes supo que el actor había sido preso en la mañana por hablar con el zar en la calle, dando orden de que se presentara enseguida en el teatro, que esperaba ya el monarca en su palco... Dió cuenta al momento dicho funcionario del hallazgo del pobre Nicolizchi, y de la

causa por qué había sido preso aquella mañana en uno de los parques que rodean el coliseo. El emperador no pudo contenerse al saber la extraña aventura acaecida al notable artista celebrándola con grandes y estrepitosas carcajadas, que se hicieron generales en todo el teatro al hacerse pública. El telón subía entonces con mucha solemnidad, y en la primera escena del drama aparece en las tablas el famoso personaje. Al verle, el poderoso emperador batió las palmas, y todo el teatro aplaudió calurosamente al celebrado actor; que hizo en aquella noche las delicias del escogido público.

Terminado el espectáculo, fué llamado Nicolizchi a la presencia del emperador; el cual, con desusada afabilidad, le dijo:

—Reconozco, mi querido amigo, que he sido la causa de vuestra prisión; pedirme la gracia que queráis, que os será otorgada al pronto.

Nicolizchi, antes de proferir una sola palabra, miró con disimulo en derredor suyo, por si había algún agente policiaco; y divisando no muy lejos al jefe de policía, temeroso de que le sucediese otra como la pasada, se limitó a decir al emperador:

—La gracia que suplico encarecidamente a Vuestra Majestad Imperial... es que no vuelva jamás a dirigirme la palabra.

Y saludando con todo respeto, salió precipitadamente del palco imperial.

Al día siguiente, recibió Nicolizchi un magnífico presente con las armas del imperio; y además, una crecida pensión, en desagravio de las horas pasadas en la cárcel por causa del poderoso emperador.

X

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Al cumplirse el tiempo de Pentecostés estaban reunidos los discípulos de Jesús de Nazaret y he aquí que de improviso se hizo del cielo un estruendo como de recio soplo de viento que corría y llenó toda la casa y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego que fueron posándose sobre cada uno de los apóstoles reunidos.

Y fueron todos llenados del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas.

Y ante el pasmo de todos los que entonces había en Jerusalén se les oyó hablar a cada uno en el propio idioma de sus oyentes las magnificencias de Dios.

El Espíritu Santo había entrado en sus corazones y entonces comprendieron muchas cosas que no habían entendido bien y su lengua hablaba en todos los idiomas enseñando a todos la verdad del Evangelio que durante los tres años de vida pública les había enseñado el Maestro. Sólo entonces al recibir la luz del Espíritu se sintieron fuertes, decididos, firmes en sus creencias y en su fe, dispuestos al sacrificio por exponer las doctrinas de quien había

... sido crucificado por la injusticia de los hombres.

Nada puede el hombre conseguir de su inteligencia si pretende explicarse las cosas de la fe sin recurrir a la gracia que Dios puede enviar a su corazón.

1 El hombre en sus preocupaciones humanas, estudiando y tratando de comprender a Dios, quiere a veces prescindir de la luz del Espíritu para explicarse por la razón y la ciencia los principios por los cuales Dios ha existido, existe y existirá siempre.

Llega en sus profundos estudios hasta la idea de eternidad y aquí se ve obligado a extasiarse en inconcebibles conceptos. Pretende organizar el mundo que hay después de la muerte con la pobre filosofía humana que ha llenado infinitos volúmenes a través de los siglos. Quiere medir la misericordia de Dios y la idea de su exacta justicia y encuentra inconcebible el resultado de sus múltiples horas de trabajo. Trata de relacionar el castigo de Dios a los pecados de los hombres con el pobre concepto de justicia que la mente humana ha construido en sus tratados y en sus Códigos y otra vez se siente el filósofo decepcionado porque no alcanza su inteligencia a comprender.

Decepcionado de su trabajo llena páginas y páginas en continua «inquietud espiritual» buscando con sus estudios filosóficos la verdad del problema de la inmortalidad, de la grandeza de Dios, de las penas que puede haber en la vida que nos espera al final de nuestra jornada. Nada le satisface al viejo filósofo de obsesionada preocupación y también como Don Quijote embiste desesperado contra todo lo que llega hasta su imaginación como recuerdo constante de la verdadera solución de su problema. Y por eso deja en pos de sí cuartillas innumerables de ironía despectiva y de burla sangrienta para toda demostración de fe que ha emanado del corazón sincero que por gracia divina recibió de Dios la luz del Espíritu.

Dios llega muy fácilmente a las almas sencillas y ellas comprenden muy bien todas esas cosas que el viejo filósofo de blanca cabellera no ha logrado comprender. Saben muy bien estas almas, las cuales Dios suele destinar para sus grandes revelaciones, que la inteligencia no podrá nunca ser el único camino que las acerque a su Supremo bien. Unas veces son pobres pescadores del mar de Galilea los que han comprendido «la magnificencia de Dios», otras veces la ignorada monjita de pocos estudios quien ha visto y ha oído la palabra grandiosa del Creador a quien dice y a quien instruye y a quien da fuerzas y decisión grandiosa para llevar a cabo obras transcendentales, y a veces son niños de ignorada aldea los que recogen la visión celestial y las órdenes que la Madre del Altísimo interesa hacer llegar directamente a las más altas jerarquías de la Iglesia. Y no son precisamente los filósofos, ni los intelectuales a quien Dios ha de recurrir, porque la inteligencia y la razón no serán el camino más recto para comprenderlo.

«Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

Los apóstoles habían sido confirmados

propagandistas de la fe. El Espíritu Santo estaba en ellos y los fortalecía en su alma y en sus debilidades.

Desde el Cenáculo salieron en todas direcciones para propagar la doctrina de quien había sido su Maestro.

De El recibían la última orden: «Id y predicad a todas las gentes».

R.

PANEM DE COELO

En el XXX aniversario de mi primera Comuni6n (15-5-1915).

Treinta años hace hoy y aquella hora
vivirá en mi recuerdo
mil años que yo dure; fué tan grande,
que no la olvidaré después de muerto.
En mi pequeña calidad de niño,
me vi de pronto inmenso,
y en torno a mi persona
vi arrodillarse enmudecido el Cielo.
Mi alma, tan chiquita e inocente,
con transparencia azul de firmamento,
titilando en estrellas temblorosas
de latidos de un corazón atéreo,
quedose sorprendida
mirando cara a cara aquél misterio.
Los Cielos se entreabrían
al vibrar encantado de un acento
sacerdotal, conjuro misterioso
que baja a Dios desde su Trono al templo.

Temblaba de rodillas
al sentir en lo interno
de mi alma la Gloria de Dios Padre
dispuesta a recibir al Hijo Eterno...
Y del sepulcro de un cop6n de oro.
fué a mis labios el dulce Sacramento...
Campanillas de gloria repicaban
los ángeles del Cielo.
donde mi padre sonreía al verme
y al mirar a los míos en silencio.
¡Magnificat! cantaba la Señora
Madre de Dios y con solemnes ecos
un constante Aleluia resonaba
de la Gloria en los ámbitos inmensos...

Solo yo anonadado,
mi pequeñez sabiendo,
enmudecido, at6nito,
y tan grande sintiéndome por dentro,
no acertaba a explicar esa grandeza,
esa revolución de todo el Cielo
operada en el alma
de un niño tan pequeño.
Y preguntaba al Dios que recibía
por qué en mí se operaba todo aquello,
y decía:—Señor, yo no me explico;
Señor, nada comprendo.
Tu primera visita me anonada;
hoy por primera vez yo te contemplo,
frente a frente te miro,
dentro de mí te siento...
Ya me lo explicarás cuando devuelva
esta visita y vaya a verte al Cielo...

Hermenegildo RODRIGUEZ

DESPUÉS DE LA BATALLA

En una misma camilla, condujeron al hospital de peligro instalado en un edificio, medio derruido por la metralla y muy próximo a la línea de fuego, a dos heridos graves, quienes, después de hecha la

primera cura, fueron depositados en un mismo colch6n. Era el uno francés, el otro alemán; sus cuerpos unidos por el dolor y la desgracia comun, reposaban juntos después de la terrible lucha con que a muerte combatían obedeciendo el mandato imperioso de sus patrias.

Un mundo de odios separaba aquellos dos seres que pronto habrían de consumir el sacrificio de sus vidas por la causa del honor y del deber. No obstante el honor estaba salvado ya y el deber cumplido con exceso y sólo habían de pensar en los instantes próximos que ante la presencia de Dios serían decisivos para su alma.

—¿Habla Vd. francés?, preguntó el que peleaba bajo la bandera tricolor.

Una despectiva mirada fué la única contestación del súbdito de la nación germana.

—Contésteme por favor: ¿es usted católico?

A ésta pregunta no pudo menos de sentir el soldado alemán toda la impetuosidad y valentía de su fe y hubo de contestarle:

—Sí, lo soy, puesto que soy bávaro.

—Bendita sea la misericordia divina. Yo soy sacerdote, hermano mío, y puedo ayudarte en estos postreros momentos de tu vida, y confesarte también para que tu muerte sea grata a los ojos de Dios. En la tierra nuestro deber nos ha puesto frente a frente; pero ante la eternidad, el amor debe fundir los corazones exentos de odios y rencores para poder llegar a la patria comun donde la paz y la felicidad son eternas.

El bávaro volvió su cabeza hacia su compañero; de su rostro había desaparecido el gesto fiero y malhumorado, no podía moverse pero sus manos tomaron el crucifijo que le presentaba el sacerdote galo y empezó su confesión.

El sufrimiento físico contraía los músculos de los dos soldados; su palidez extrema anunciaba la proximidad de su fin; con voz apenas perceptible, pronunció el Ministro del Señor las palabras del perd6n, agregando:

—Y en tí, perdono a toda Alemania... perdónanos nuestras deudas... Señor... ¿Perdonas tu a Francia?

—Sí, para que Dios me perdone... así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...

Los labios de ambos combatientes se acercaron al crucifijo implorando de Dios la misericordia y el perd6n, mientras sus brazos hermanados se abrazaban para entregar su espíritu al Dios de la paz y del amor.

¡VALOR!

¿Quién no sufre en la vida? ¿Quién no siente una y muchas veces herido su corazón por la pena y el dolor? ¿Quién es que no lleva esculpida en el alma la honda huella del sufrimiento moral que cual finísimo y cortante buril la hirió? ¡Ah! cuán difícil sería encontrar un sér que con toda verdad y sinceridad nos dijera: «Yo no sufro, yo no he sufrido jamás».

Nace el niño y llora ya: lloramos en la juventud, en la edad madura y en la ancianidad. Desde la cuna al sepulcro

encontramos mil asperezas a nuestro paso: las flores que nos seducen y logramos obtener tienen sus espinas: cuanto anhelamos y alcanzamos, oculto o visible, tiene sus punzas, sus abrojos...

Extendad la mirada por doquiera y veréis que el dolor se multiplica como las estrellas del cielo, como las arenas del mar... El dolor sigue a la pobreza y a la riqueza; a la sabiduría, a la ignorancia, al amor y al odio.

El dolor es el compañero inseparable de la humanidad.

El que se empeña en rechazarlo, es herido por él con mayor fiereza; quien le abraza con resignación, siente más ligero su peso.

Y notadlo bien: el dolor es casi siempre el buen amigo que nos desprende de las falsas ilusiones, que nos guía al buen camino, que nos impide precipitarnos en los escollos del mar proceloso, dirigiéndonos a una patria mejor.

COMENTANDO

PUNTO FINAL

Buen defensor han encontrado en usted, mí Sr. D. Enrique, las bicicletas. Quien sus escritos lea en alabanza de artefactos tales, bien pudiera creer que usted no se cansa de pedalear día y noche. ¿Pero donde satisface usted sus ansias ciclistas para ir a verlo?

En su sincera confesión de que no tiene fábrica de bicicletas, quitándome un molesto peso de encima, logró que mi opinión sobre usted haya mejorado.

Y ¿quién le dijo que yo fuera atropellado por una bicicleta en plena "calle" por no saber el reglamento de la circulación? Fuí atropellado cobardemente en una acera (esquina de dos calles, pero en la acera) y la que ignoraba en absoluto ese reglamento era la bicicleta, a pesar de ser muy bicicleta y de llevar una vida tan rodada. Lo mismo le pasó al pobre guardia, que une sus quejas a las mías, y anda buscándole a usted por todas las calles.

Dice usted que también hay atropellos ferroviarios. Claro que sí. Pero son más a lo grande. Las cosas, o se hacen bien o no se hacen. No se paran los trenes en "hacer" cosas pequeñas y sin trascendencia. Las cosas, cuando las realiza quien se siente grande, porque lo es, salen grandiosas. Los enanos nunca pudieron alcanzar la Luna.

Otra cosa que usted me dice: Que soy cómodo. ¿En qué se me nota? ¿En que prefiero el motor al pedal? Eso es puro amor a la civilización. Hoy ya me gustan más los aviones sin piloto a pesar de la anécdota cuartelera que usted me recuerda y que prometo contar a mis lectores... caiga quien caiga.

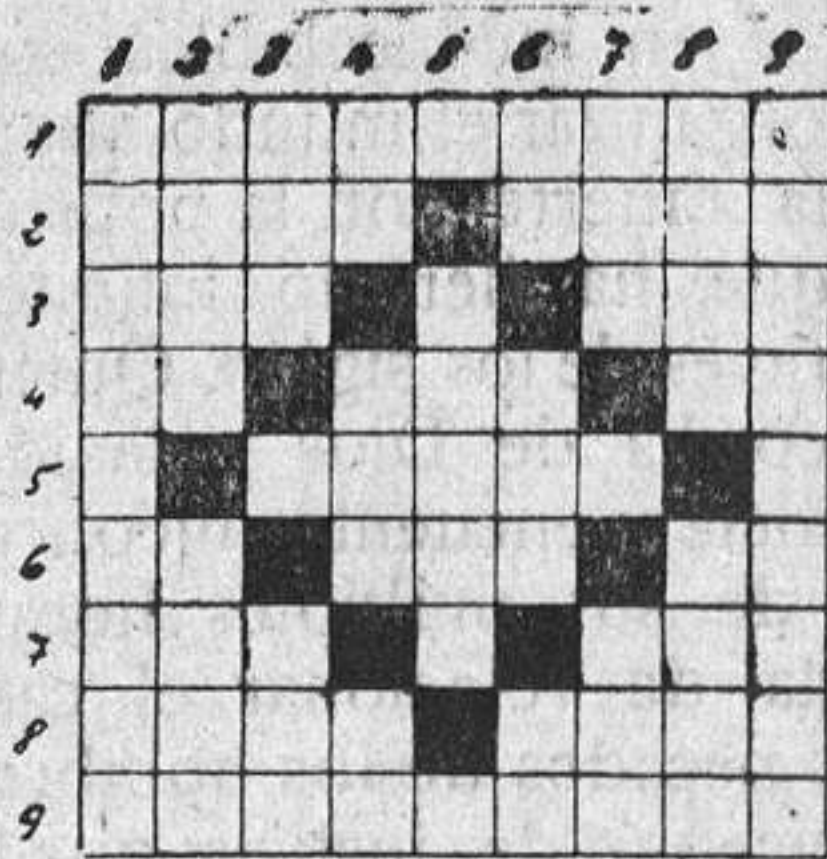
Y ahora que ya están bien claramente demostrados nuestros dos puntos de vista, expuestos con toda lealtad, dando un alto ejemplo de ecuanimidad que sea digno de imitación en lo venidero, firmemos un

armisticio; concluyamos una paz y reanudemus nuestras relaciones diplomáticas. ¿No le parece a usted buena solución el que nos repartamos a medias una bicicleta para los dos? Pues una rueda para usted, otra para mí; el guía para usted, el sillín para mí que soy más cómodo... ¿Que no está conforme?... ¡Pues de acuerdo, también!... ¡¡Para usted toda la bicicleta!!... Y si le parece poco, puede pedir otra a los Reyes Magos...

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

Solución al Jeroglífico núm. 15, por Morán
«La misericordia»

Crucigrama núm. 13, por Morán



HORIZONTALES.—1. Que adora al Sol.—2. Al revés, adverbio.—Al revés, toso.—3. Cama del marinero - Consonante - Al revés, familiar.—4. Campeón - Diosa - Con nota onomatopeya.—5. Consonante - Voz - Consonante.—6. Letras de foca - Rio gallego - Artículo. 7. Medida de tiempo - Consonante - Conceded.—8. Divinidad fenicia - Rio italiano.—9. Servir bebida.

VERTICALES.—1. Mortandad, horror.—2. Dios mitológico del amor - Desgraciadas.—3. Norma - Consonante - Al revés y plural, nombre de letra.—4. Al revés, nota.—Al revés, ansia - Artículo.—5. Vocal - Símbolo de inmortalidad - Consonante.—6. Nota - Al revés, ensalza - Al revés, nombre de letra.—7. Ave rapaz nocturna - Consonante - Con L tela.—8. Lima - Guedeja.—9. Que cierra un orificio o abertura.

CESAR A. PRIETO
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa.
Dibujos y presupuestos gratis.
Av. del Molinón, n.º 2 - Teléfono 3115
GIJÓN

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MÓDICO